fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

AÑO IV NÚM. 181

MADRID

17 DE AGOSTO DE 1940

EN ESTE NUMERO

La batalla en el aire y en el mar. Armas de hoy y de mañana
Por J. Díaz de Villegas

•

Ayer y hoy. No beligerantes
Por Spectator

•

El primer reportaje gráfico de la gran victoria italiana en la Somalia Inglesa
Gran información exclusiva para FOTOS

•

Tierra fecunda bajo el sol de España
Por Manuel Fernández-Cuesta

•

El perro, valioso colaborador de los soldados en la guerra
Un interesante reportaje gráfico

•

Nuestra Señora de Enkuissen
Cuento por Alonso de Medina. Ilustraciones de Máximo Ramos

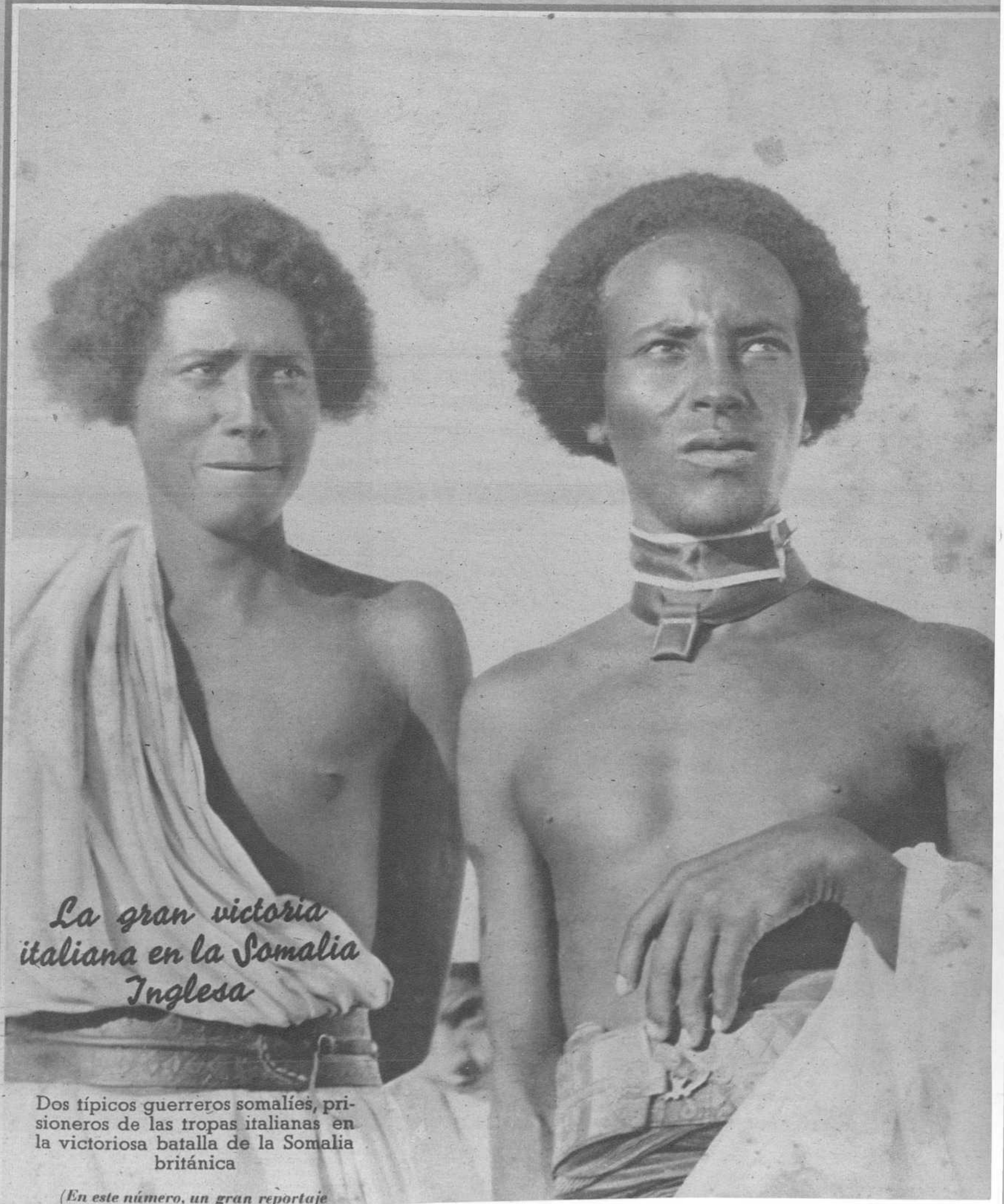
•

Rumbo. Tempestad de aviación sobre Inglaterra
Editorial

•

Pantalla, modas, libros y otras informaciones de extraordinario interés y actualidad

50 cts



La gran victoria italiana en la Somalia Inglesa

Dos típicos guerreros somalíes, prisioneros de las tropas italianas en la victoriosa batalla de la Somalia británica

(En este número, un gran reportaje

PUBLICIDAD GABERNET

Los tonos más juveniles para su bello rostro

POLVOS GATITA

4 TONOS

BLANCO • RACHEL 1
RACHEL 2 • OCRE

Caja grande: 2 Ptas.
Caja pequeña: 1 Pta.
TIMBRE A METÁLICO

COMPACTO FONT

6 TONOS

MARAVILLA • INDOSTAN
TOSTADO • MANDARINA
SALMON • ENCARNADO

Caja: 1'75 Pesetas
TIMBRE A METÁLICO

PERFUMERIA **FONT** DE PRESTIGIO CENTENARIO • MALLORCA, 123 BARCELONA

Esculpe tu belleza

matizándola día por día, con los encantos de una juventud sin mácula, protegiendo tu cutis con un leve masaje del novísimo producto, a base de glándulas idénticas a las de la piel.

GLANDERMO

ES UN PRODUCTO CIENTÍFICO SOMETIDO A RIGUROSO CONTROL MÉDICO-FARMACÉUTICO.

DENYSE: Avda. J. A. Primo de Rivera 454. BARCELONA (15)

AÑO IV NUM. 181
MADRID, 17 DE AGOSTO DE 1940

fotos

DIRECTOR:
MANUEL FERNANDEZ - CUESTA

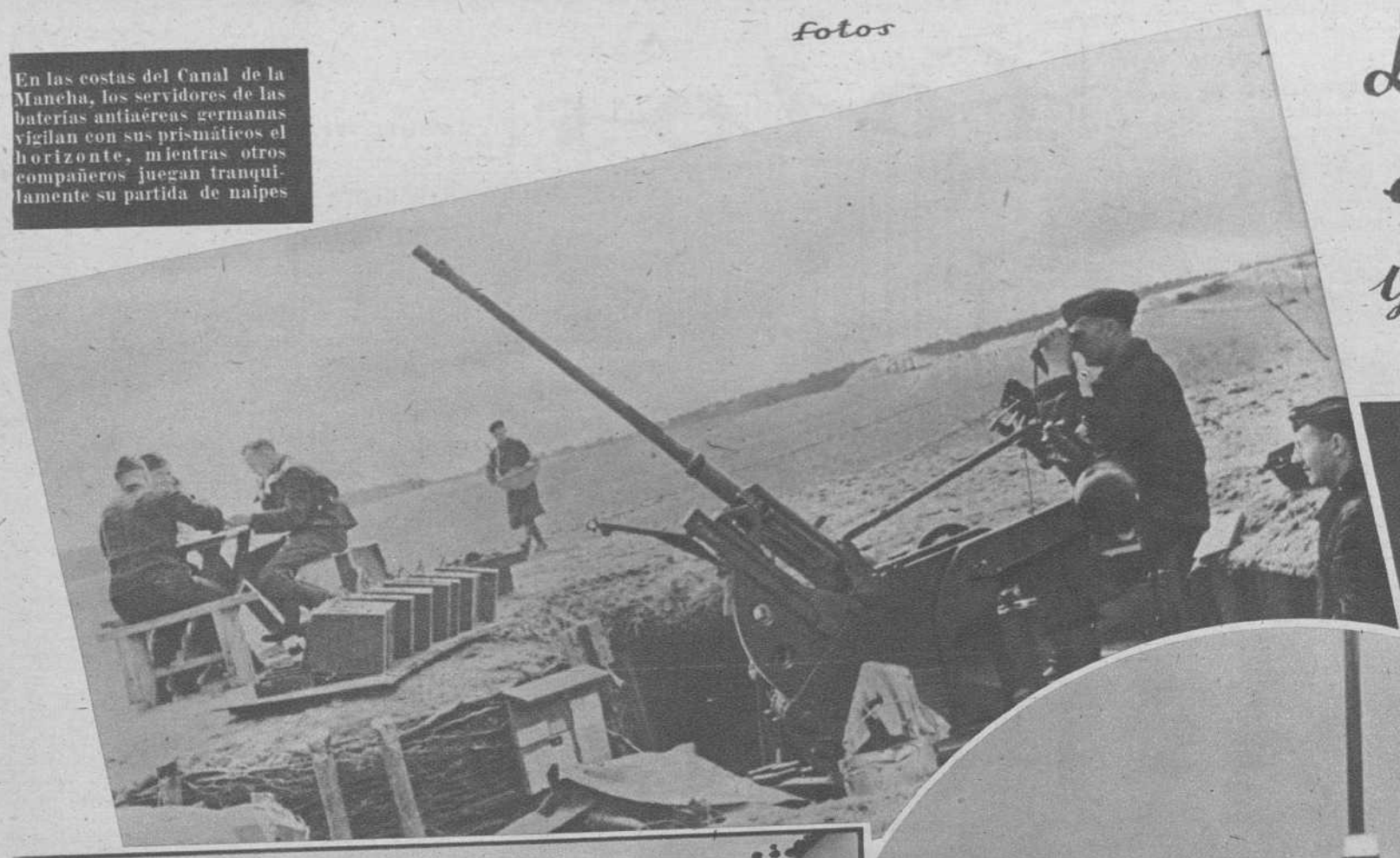
ALAS DEL REICH

La ofensiva aérea sobre la GRAN BRETAÑA

Sobre los principales puertos de las costas de Inglaterra vuelan estos días, en ataque incesante, los potentes aviones del III Reich, desarrollando la ofensiva aérea más intensa que se haya conocido jamás. Los aparatos, lanzados en masa, destruyen con sus bombas los puntos vitales de Inglaterra, en preparación del gran asalto a la Gran Bretaña, que, sin duda, ha de venir después. Los depósitos arden en llamas y las fábricas caen pulverizadas merced al esfuerzo y a la pericia de todos y cada uno de los soldados del aire germanos; a uno de estos vemos en la fotografía de arriba preparado para atacar a los «cazas» enemigos; en la fotografía de abajo, el piloto escucha las impresiones del observador (Pots. H. T.)

La batalla en el aire y en el mar

En las costas del Canal de la Mancha, los servidores de las baterías antiaéreas germanas vigilan con sus prismáticos el horizonte, mientras otros compañeros juegan tranquilamente su partida de naipes



Los reporteros cinematográficos alemanes pueden obtener los documentos más vivos y reales porque, como el operador que aquí vemos, van a bordo de los «Stukas» y están presentes en todas las batallas ↓

El gráfico representa el despliegue alemán frente a Inglaterra. Desde Noruega al Golfo de Vizcaya, pasando por Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica y Francia, una tupida red de aeródromos —que dejan los objetivos vitales ingleses a la distancia que indican las flechas— sirve para mantener viva la ofensiva en el aire, mientras que los «fiords» escandinavos y los estuarios del Mar del Norte y del Canal de la Mancha albergan los submarinos y unidades sutiles de la flota germánica que cooperan tan eficazmente al bloqueo de la Gran Bretaña

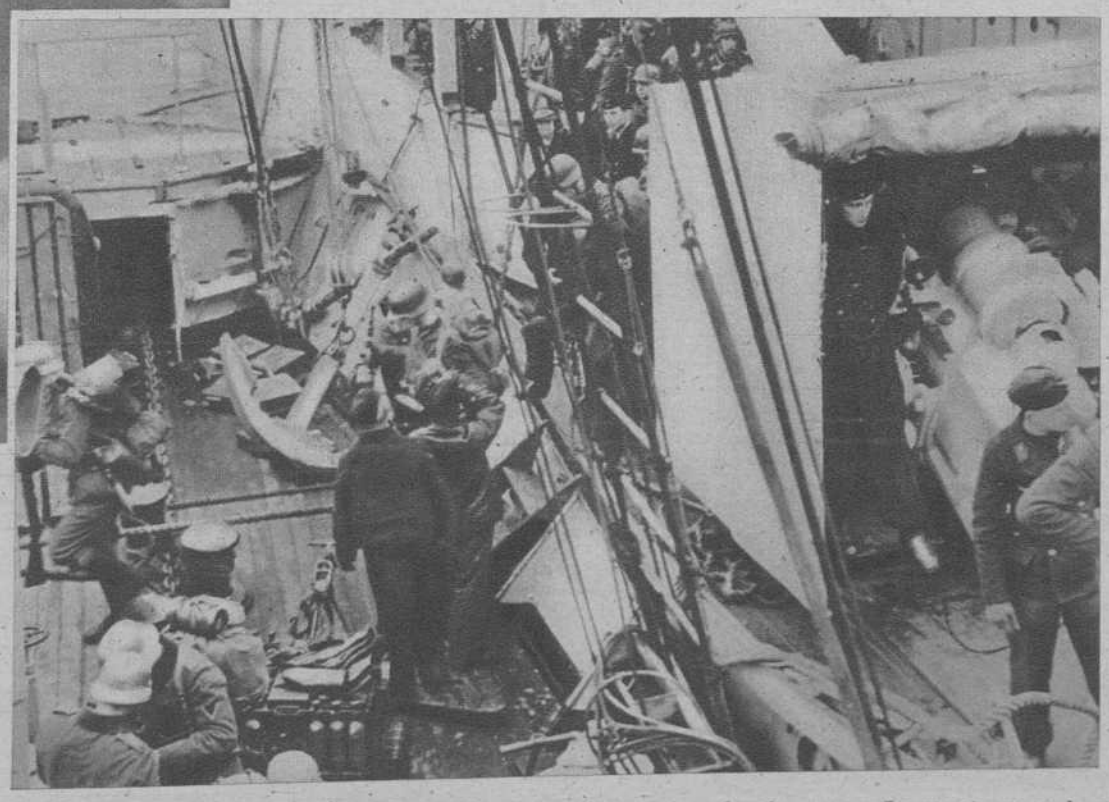
ARMAS de HOY y de MAÑANA:

"Schell-boote", "Stukas" y "Super-Bertas"

A una velocidad vertiginosa, los «Stukas» caen desde las nubes para atacar en vuelo picado los objetivos militares señalados (Fots. B.)

Por tierra, mar y aire, las tropas de refuerzo llegan a los puntos de concentración. He aquí un nutrido grupo de soldados del III Reich que desde el barco de guèrra se trasladan a la lancha-transporte que ha de conducirlos a tierra ↑

← Un importante centro de armamento inglés es atacado por la aviación alemana. Los depósitos de petróleo en llamas testimonian la precisión de los bombarderos germanos.



Ha cambiado poco la tónica de la última semana de guerra con respecto a las anteriores precedentes. La guerra sigue su curso en el aire y en el mar, precursora, sin duda, de la nueva etapa terrestre que se espera. Pero si la tónica no difiere gran cosa, la intensidad de esta guerra singular que lleva el exterminio a la misma Inglaterra se acentúa de día en día. Mientras que los italianos se han lanzado a fondo en una ofensiva del más bello estilo sobre la Somalia inglesa, acá, en Europa, la contienda se centra sobre las costas mismas inglesas que una tradición secular y el orgullo británico suponían, erróneamente—ya se ve—invulnerables.

¡Nuevos éxitos alemanes en aguas británicas y sobre el cielo de Albión! ¡Nuevos y terribles estragos en la industria de guerra inglesa provocados por la aviación del Reich! ¡Los *docks* de las orillas del Támesis han ardido en gran parte! La antiaeronáutica germana, mientras tanto, ofrece una cifra «record» de aviones ingleses abatidos. ¡La defensa antiaérea teutona lleva derribados ya 1.500 aparatos de la Royal Air Force!

La jornada del día 8 del corriente ha sido, entre otras, especialmente trágica para Albión. Un fuerte convoy mercante inglés, singularmente protegido por buques de guerra y por aviones militares, intentó forzar el Paso de Calais. Trataba de ganar Londres. Antes de la guerra, el puerto de la capital inglesa era, con Nueva York, el primero del mundo, y acaparaba gran parte del comercio británico. Hoy, el estuario del Támesis es un puerto cerrado al tráfico por las armas de Alemania. En efecto, descubierto el convoy, fué atacado en aguas de la Isla de Wight, primeramente por las lanchas automóviles germanas y luego por los «stukas». Veinte mil toneladas fueron hundidas, sin pérdidas, por las canoas, y 60.000 por los aviones de la Cruz Gamada. ¡En total, 28 buques y 49 aviones ingleses fueron destruídos en una sola jornada! Los alemanes baten, cada vez más insistentemente, las comunicaciones inglesas. Los desastres del tráfico británico se acentúan día por día.... El pasado domingo, el puerto militar de Portland ha quedado convertido en un volcán por obra de la aviación germana. Ochenta y nueve aeroplanos ingleses han sido destruídos en la misma jornada. Otro convoy ha sido batido y dispersado al Norte del Canal... La acción se acentúa muy fuertemente en efecto. Anótese el hecho. La acción de los aviones alemanes y de las unidades de superficie se acrecienta terriblemente. Retengamos la observación. Los hechos hablan elocuentemente.

Los «stukas»—aparatos de bombardeo en picado—son ya conocidos por los lectores. Se trata, en efecto, de aviones «Junker-Ju-87», que lanzan, al picar, el proyectil a 600 u 800 metros del blanco. Las lanchas automóviles son canoas muy rápidas provistas de tubos de lanzar torpedos, y que emplean este arma terrible como arma ofensiva. Al iniciarse la guerra actual, Alemania contaba 32 embarcaciones de este tipo, llamadas «Mas» o «schnelboote» en alemán, todas de construcción muy moderna, de un desplazamiento apenas de 62 toneladas, provistas de una ametralladora antiaérea, y de dos tubos de 500 milímetros, para torpedos; tripuladas por 17 hombres y capaces de una velocidad de 36 millas. Además de estas canoas o «Mas» de la serie «S», contaba en servicio la Marina del Reich con otras 16 unidades más pequeñas—de 45 toneladas—, provistas de motores Diesel, con una ametralladora y velocidad de 18 millas; más 24 unidades de 90 toneladas; otras dos de 60 toneladas y una de 26, con velocidades, respectivamente, de 18, 14 y 29 nudos. Fuera de estas embarcaciones, ya en servicio, había otras 12 «Mas» en construcción. Pero al total de estas 87 canoas automóviles, con las que Alemania entró en la guerra, será menester añadir un número mucho mayor de otras nuevas, ya que esta construcción es tan fácil y sencilla que en breve tiempo se pueden terminar flotillas enteras.

¡El Paso de Calais—el Estrecho de Dover, como dicen los ingleses—está, pues, cerrado para el tráfico británico! ¡Como en tanto otro estuario insular, la navegación comercial no visita ya el Támesis! En realidad, el cierre de este angosto paso, de treinta y tantos kilómetros, que separa a Inglaterra de las costas francesas, en manos de los alemanes, es debido, como se ve, a la acción combinada de la aviación y de la marina. Podría serlo también, sin dudas ni fantasías, por la artillería de costa. Pero hasta aquí los artilleros de costa alemanes permanecen en silencio. Sin embargo, se sabe que la costa del Estrecho se fortifica de una manera singularmente eficaz. Muchas baterías de gran potencia apuntan, sin duda, desde las costas francesas a Inglaterra. Sus proyectiles gigantes podrían, de ser disparados, ir a caer a tierra británica. Pero estos cañones están mudos. ¿Esperan el día de la prueba decisiva? Parece lo más seguro. En fecha tal—sépase bien—, los cañones de costa arrojarán sobre sí la grave tarea de proteger el paso de la invasión. La voz ronca del cañón sonará ese día como arma quizás decisiva.

Los alemanes no tenían, sin embargo, hasta hace cinco años, más artillería que la de campaña, de pequeño calibre, autorizada por el ignominioso Tratado de Versalles. Ha sido, pues, obra reciente la construcción de la artillería media y pesada de Alemania. No hay datos de sus características. El secreto es guardado cautelosamente. Sobre los fuertes de Bélgica actuaron—lo hemos visto—cañones de 150. Las obras pequeñas de la línea Maginot han sido batidas, con terrible eficacia, por la excelente ¡artillería antiaérea! del Reich.

De la artillería de gran potencia nadie puede decir nada. Quizás ello sea el secreto real y sorprendente del armamento alemán. Como lo fué en 1914. La técnica teutona tiene recursos insospechados. Recuerde el lector el famoso Gran Bertha que ¡hace veinticinco años! bombardeaba París desde más de 100 kilómetros de distancia. En alguna revista alemana hemos visto, sin embargo, publicadas fotografías de enormes cañones, a lo largo de cuyos tubos unos tirantes impedían que por la extraordinaria longitud de la pieza se flexionara. Pero es inútil pretender deducir datos balísticos. Es en la Prensa extranjera en donde los hallamos. La revista profesional americana *The Field Artillery Journal* asegura que los alemanes disponen de grandes cañones de 210 milímetros de calibre y de 18 metros y medio de longitud, capaces de lanzar sus proyectiles a 80 kilómetros de distancia. Otra revista técnica londinense, *The Gunner*, cree que el *Super big Bertha* tiene de 125 a 131 calibres, siendo su longitud enorme—de 35 a 36 metros—el ángulo de tiro de 70° y la velocidad inicial extra ordinaria de 1.800 metros por segundo. El proyectil de esta pieza gigante describirá una trayectoria, cuya ordenada máxima será de 60 kilómetros. El proyectil marchará la mayor parte de su recorrido por la estratosfera, en donde no hallará resistencia, alcanzando el cañón algo más de 200 kilómetros.

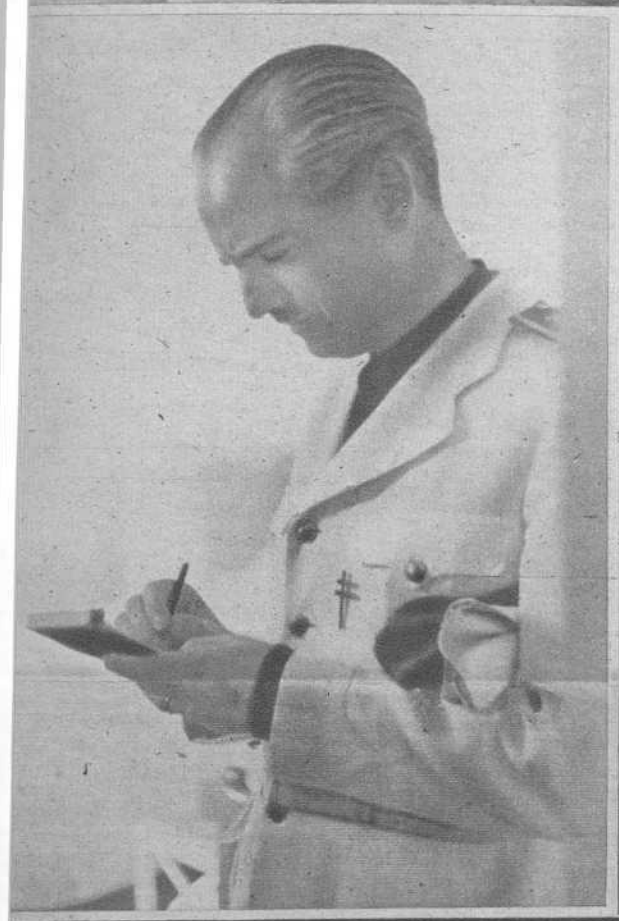
¡De Calais a Dover hay menos de 40! ¡De Calais a Canterbury, 75! ¡Y del mismo puerto francés a Londres hay solamete 150!

En realidad, artillería para batir el Estrecho de Dover no puede faltar en Alemania. Sobre la que haya podido construirse en el Reich hay que añadir la que habrá sido encontrada en Francia en abundancia. La poseía ya en la guerra europea pasada. El cañón modelo 1912, sobre afuste-truck, Saint Chamond de 340, lanzaba entonces proyectiles de 450 kilogramos a 40 kilómetros. Alcances similares, aunque un poco menores, tenían las piezas de 305, de 274, 285, 288, etc. Más modernas, la pieza S. L. P. de 240 alcanza 56 kilómetros; el cañón de 305, modelo 30, 36 kilómetros... Para su propia flota, Alemania había construído piezas de 406, de 381, de 280, de 203, cuyos datos balísticos no son perfectamente conocidos. La artillería naval es, por paradoja, análoga a la de costa, y, por tanto, nadie sabría vaticinar la cantidad de baterías asentadas ya en la costa de la Mancha y del Paso de Calais. Tenemos la intuición, sin embargo, de que será aquí, en su día y en su momento, cuando la sorpresa del armamento pueda surgir en el instante preciso y decisivo...

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

De SABADO a SABADO

↑ Acompañado por el director del Sanatorio Iturralde, doctor Colina, el señor Serrano Súñer visita el magnífico establecimiento antituberculoso y conversa con los enfermos



A petición de uno de los enfermos, el ministro de la Gobernación y presidente del Patronato Nacional Antituberculoso escribe sobre una cuartilla unas palabras de recuerdo

El ministro de la Gobernación y presidente del Patronato Nacional Antituberculoso, en la inauguración del Sanatorio Iturralde

La semana pasada tuvo lugar en Carabanchel Bajo la inauguración del Sanatorio Iturralde, que, destruído por la guerra, ha sido reconstruído, permitiendo la vuelta a él de los enfermos. El presidente del Patronato Nacional Antituberculoso y ministro de la Gobernación, don Ramón Serrano Súñer, asistió al acto inaugural y recorrió las magníficas dependencias del establecimiento, en el que podrán ser atendidos trescientos enfermos. El presidente de la Junta Política pronunció un discurso, en el que puso de manifiesto la voluntad del Gobierno de afrontar, sin ningún regateo económico, la lucha antituberculosa, porque «la salud física de los españoles es la primera condición para establecer en España una gran política nacional».

Tanto a la entrada como a la salida, el público aclamó con gran entusiasmo al señor Serrano Súñer.

El presidente de la Junta Política, don Ramón Serrano Súñer, es saludado brazo en alto a su llegada al Sanatorio Iturralde, inaugurado la semana pasada
(Pots. Cifra)

RUMBO

Tempestad de aviación sobre Inglaterra

DESDE la mañana del domingo se ha desencadenado sobre todo el sur de Inglaterra, con la misma violencia de las tormentas privativas de la comarca, una tempestad de aviación que tampoco lleva trazas de cejar en mucho tiempo. Van los aparatos desde las costas de enfrente, las costas hace unos dos meses aun amigas suyas, en oleadas incesantes. Salen de tres en tres minutos desde Bélgica y desde Francia. Sobre el cielo de Inglaterra llegaron a contarse trescientos una vez, cuatrocientos otra, quinientos, por último. La Isla, la parte sur de la Isla, vive desde entonces, día y noche, bajo el terror de las bombas, con todo lo que esto supone de dificultades, de paralización para los trabajos, para la vida.

Un día se sabe que el puerto de Portland, base principal de la zona para submarinos, ha quedado casi totalmente deshecho. Al día siguiente es Portsmouth, otro puerto militar importantísimo, donde se señalan incendios devastadores. Luego, la barrera de Dover, el puerto de Southampton, factorías de la isla de Wight. Algunos de estos sitios, después del paso de la terrible oleada, han quedado convertidos en gigantecos volcanes. Barcos ardiendo en la bahía, edificios derribándose a cada instante, otros que la hoguera alcanza de pronto; bloques lanzados a distancias enormes, y hasta, como en el desatarse de un volcán verdadero, el cemento de los cascotes, fundiéndose, corriendo en ríos, formando la lava de este volcán apocalíptico. Y allá lejos, al otro lado del mar, las gigantescas formaciones aéreas elevándose del suelo sin descanso para continuar su obra.

¿Qué significa esto? ¿Puede tratarse de otra cosa que del comienzo de la ofensiva contra Inglaterra, esperada por todo el mundo desde la paz con Francia, y que los propios periódicos ingleses parecían no comprender cómo se retrasaba tanto? «¡Si el mes mejor para emprenderla—decían—es éste! Después, muy poco después, vienen las nieblas y las tempestades, que todo lo dificultan.» Y Hitler parece haberles hecho caso. Antes de mediar el mes, como ningún otro propicio a la empresa, ahí está sobre Portland, sobre Portsmouth, sobre Dover, llevando sus aviones hasta el propio Támesis, no dejando un instante de tranquilidad ni de sosiego a toda la costa sur. Inglaterra, sin embargo, no cree aun que se trate de la ofensiva, la ofensiva a fondo, la terrible ofensiva esperada. Con una lógica realmente incontrovertible, pero de que sólo un pueblo de hielo puede disponer, sin negar la importancia de los sucesos ni sus pérdidas de aviones, casi un centenar algunos días, añade: «Pero estos ataques no han alcanzado la fuerza de que Alemania es capaz, ni parecen obedecer al ritmo de la guerra relámpago. Alemania posee una reserva de aparatos enorme. Creemos que podría enviar hasta mil diarios en su intento de dominar el cielo de Inglaterra. Cuando no lo hace, consideramos prematuro, por lo menos, hablar de que tras los ataques de ahora venga la tentativa de invasión».

Y tal vez estén en lo cierto, sobre todo respecto a la inminencia de esto último; pero de no ser el comienzo de la ofensiva, la preparación, al menos, para comenzarla pronto, ¿qué es? ¿Por qué se bate, ahondando cada vez más, toda la línea sur de la costa, si no principalmente para alejar de esa zona los buques de guerra que no quieran ser destruídos? ¿Por qué se trata de dejar limpias las madrigueras de los «dreadnoughhs», los dragones terribles de la defensa inglesa? ¿Para qué quieren los alemanes la costa de enfrente sin peligros si nó van a intentar acercarse a ella? Inglaterra cree que al ritmo de la semana actual, Alemania no tendrá tiempo para todo. ¿Y no estará en eso la explicación de la confianza? Desde que se empezó a hablar de la ofensiva y el desembarco en Inglaterra, la Prensa le ha dado a Hitler un plazo reducido ahora a menos de un mes. A mediados de septiembre comenzarán las nieblas y las tempestades—decía—, y si Alemania no ha conseguido realizar para entonces cuanto se propone, Inglaterra quedará tranquila por lo menos hasta la primavera.

¿Pero de dónde se saca eso de que dentro de un mes las tempestades y las nieblas harán imposible todo intento de perturbar la vida inglesa? ¿Cómo los propios ingleses parecen creerlo? ¿Es que van a convencer a los alemanes? Formalidad, señores ingleses, «fair play», el juego limpio que a ustedes tanto les gusta. ¿Por qué el inglés que pasó el invierno en Egipto y la primavera en Escocia y el verano en la Cote d'Azur o en Italia arriba en otoño, precisamente en otoño, a las costas natales? ¿Dónde, en qué sitio, hay un mes tan dulce, tan suave como el de octubre de esos condados ingleses del sur? «Un paseo al mediar una tarde de octubre por las pintorescas márgenes del Severn o del Avon—dicen los poetas comarcanos—es lo más bello y más útil que puede darse al espíritu del hombre». Sólo en noviembre hay que encender la luz a mediodía, y cuando el inglés rezagado se levanta, retrocede con horror ante la niebla que, como una cosa negra y amenazante, le acomete al verlo. Hitler tiene, pues, en el peor de los casos, doble plazo del que le señalan.

Pero todo esto da la sensación más bien de que Inglaterra, siempre defendida lejos de sus ciudades, y por gente extraña, aun ahora, no obstante el peligro amenazarla de modo tan directo, no es exactamente ella, la Inglaterra con castillos y parques y «yachts», quien va a defenderse, sino la gente un poco subalterna a quien se paga para eso, y ante lo que se aproxima, puede aún decir, como aquel famoso Granville, viendo por todas partes presagios negros de revuelta, guerra, crisis y peligros para la patria:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Qué deliciosas noches se van a pasar en el Club!

Y es curioso. Granville hablaba en nombre de toda la aristocracia inglesa, la aristocracia que se cree tal principalmente por tener en las venas algunas gotas de sangre normanda, la sangre preciosa cantada por todos los poetas, envidiada por todos los burgueses del país, y que fué importada por los hombres de hierro de las huestes de Guillermo «el Conquistador», cuya aventura, precisamente cuando esa sangre tan debilitada, tan aguada, no da otros frutos que las frases de hace un siglo de Granville o las actuales de Mr. Churchill. Hitler, para bien desde luego de Europa y acaso de la propia Inglaterra, se dispone providencialmente a repetir.

HERMANO CAN

El perro, valioso colaborador del soldado en la guerra

↑ Perros policías llevados por la tropa al campo de ejercicios. Estos perros han prestado ya servicios inestimables a las fuerzas del Reich como elementos de enlace y en servicios auxiliares de la Cruz Roja. Los esfuerzos pacientes e ininterrumpidos de los tiempos de paz han empezado a dar sus frutos

El soldado despide a su camarada, que se dispone a cumplir la peligrosa misión de atravesar el campo batido por el enemigo. El hombre y el animal van protegidos por máscaras contra los gases, y se hallan, dentro de lo posible, a cubierto de cualquier sorpresa desagradable que pudiera producirse →

↑ El perro se dispone a partir hacia las primeras líneas a través del fuego enemigo. A los lados lleva dos palomas mensajeras, que entregará luego al oficial y que retornarán inmediatamente con los partes que allí les confíen. De este modo la comunicación entre las avanzadas y el Cuartel General no se interrumpe jamás

Debajo de la máscara contra los gases—construídas en Alemania especialmente para los perros—, puede verse claramente el estuche en que el inteligente animal traslada de un punto a otro de los frentes los partes y los comunicados que se confían a su valor y habilidad (Fots. E.)

AYER Y

NO BELIGE

Ya que no pudieron ayudar a los polacos en la defensa de su territorio, los ingleses, tal vez como compensación, han dejado que se funde en Londres la Casa de Polonia, inaugurada por el «terrible» lord Halifax y el general Sikorsky (Fot. Diego)

Jorge VI, rey de todos los ingleses y también de todos los judíos, conversa con dos oficiales de los que han llegado a la Gran Bretaña al frente de las tropas australianas, enviadas a las Islas a bordo de los barcos de guerra para contribuir a la defensa del territorio británico, tan castigado hoy por los continuos bombardeos de la aviación germana (Fot. Ortiz) →

Mientras su augusto esposo recorre las fortificaciones de la defensa o visita las fábricas de armamento, la reina de Inglaterra se dedica a visitar hospitales y establecimientos benéficos. Véanla ustedes salir del hospital de Santa María de Plaistow, después de ver el terreno sobre el que se edificará una ampliación (Fot. Diego)

ACTORES extraordinarios de la primera parte de esta guerra europea, la que descorrió el velo de la terminante incompatibilidad entre los dos sistemas—el viejo, caduco, egoísta e imperialista y el nuevo, original, ambicioso de tangibles humanas conquistas y generoso de sacrificios redentores—, ni nos sorprenden los dolores porque a su tiempo experimentamos los más cruentos, ni nos impresionan ya los líricos llamamientos que tienen un fondo huero, horro de espiritualidad.

Pervive la guerra, aunque Alemania ya liquidó los objetivos más codiciados en el Continente, porque todavía las batallas no llegaron a la Isla; y fué de la Isla de donde partieron declaraciones rotundas y consignas terminantes que sumieron a Europa en esta tragedia que aun no ha terminado.

Para nosotros, actores extraordinarios, prologuistas del drama, el instante es de una suprema grandeza, porque vamos a asistir necesariamente al desenlace de la trágica representación a la que ya no nos asomamos como neutrales: porque España es no beligerante.

Somos ahora no beligerantes por decisión bien meditada del Caudillo; pero fuimos también no beligerantes para el capricho del inglés, cuando las armas victoriosas de Franco rescataban palmo a palmo las sendas nacionales donde la más tenaz resistencia roja tenía su apoyo y su halago en aquellas mesnadas internacionales preparadas en los antros masónicos y pagadas con el propio oro robado del Banco de España.

¡Beligerancia! ¿Recordáis los españoles que íbamos llegando a la zona nacional y los que tuvieron la fortuna de hallarse en ella desde el principio, el sonsonete, machacona e inútilmente reiterado hasta el glorioso final? Las rápidas conquistas del Ejército de Franco, el resurgir impetuoso de todo un pueblo que al desperezarse a costa de terrible esfuerzo iba poniendo con sangre épicos jalones de una Patria salvada de la ignominia y de la más honda abyección revolucionaria, no hallaban en las dos grandes capitales —Londres como París—más ecos que aquella insoportable cantilena democrática: de un lado «era el Gobierno legítimo» incorporado por tahures, malvados, pervertidos y algún idiota; de otro, eran los «rebeldes», los «facciosos», y mucho más tarde, como postrer concesión, los «nacionales».

Transcurrió nuestra guerra, prólogo indudable de esta otra lucha que ahora concluirá con el derrumbamiento del más grande pero el más injusto de todos los Imperios, y, pese a la ininterrumpida cadena de victorias que iban coronando de banderas rojoamarillas los montes y los valles, los ríos y los mares de nuestra Patria, España, nuestro Ejército, nuestro Estado, nuestro Gobierno, no era beligerante. Londres, como París, no creían que era «todavía» llegado el instante de conceder los derechos de beligerancia. Y gracias al curioso concepto de los derechos de beligerancia, los rojos pudieron maniobrar con cierta libertad en los mares, y sus demócratas amistades no omitieron sacrificio alguno para, con el oro español robado, prolongar la estéril liza en la que los españoles seguían cayendo mientras los negociantes seguían enriqueciéndose.

Varios años antes, otro Imperio poderoso, que también sintió a su tiempo el espolazo del ancestral romano destino, cuando no halló tierras pródigas que trabajar porque todas las ubérrimas del planeta estaban ya bajo la planta del inglés, enderezó su rumbo hacia los desiertos abisinios en demanda de arenas que transformar en prados, a costa de una lucha titánica en la que todo un pueblo seguía a su Duce. Y como el gesto de Albión fuera de descontento, surgieron las sanciones.

¡Sanciones! ¿Recordáis la vibrante y unánime repulsa de un verdadero Imperio contra el sistema de castigo ideado en Ginebra para tratar de esposar a la Italia resuelta a luchar y conquistar su espacio vital? Fué el más bello gesto de la Historia contemporánea, y la demostración rotunda de cómo los pueblos pobres pueden ser ricos por el trabajo, por el patriotismo y por la fe.

Las sanciones, aquellas ridículas sanciones que sirvieron para que Italia recontara fácilmente sus enemigos y los comparsas y satélites que ellos manejaban, tuvieron, sobre todo, la virtualidad de elevar el tono y el pulso de un país que entonces comprendió mejor que nunca cuáles eran sus magníficas armas y el uso que un día tendría necesariamente que hacer de ellas para establecer definitivamente los anchos límites del Imperio. Mas entretanto, y a pesar de las sanciones, los desiertos abisinios conocieron de la victoria del líctor...

Como entretanto que los meses y los años transcurrieron sin que Londres ni París concedieran a los Ejércitos del Caudillo los derechos de beligerancia, Franco fué deshaciendo la resistencia roja hasta el total derrumbamiento que las huestes internacionales preparadas en Londres y París no pudieron impedir.

Pronto habrá un año desde que Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania, y en el plazo que ahora se antoja increíble, han acaecido en Europa sucesos de volumen asombroso. Pero ninguno de ellos ha logrado todavía atravesar la inteligencia británica, que sigue contemplando el espectáculo y midiendo sus pasos con la estolidez del ausente de sí mismo y el orgullo del león de la selva ignorante del valor del rifle del cazador.

Mas ahora somos nosotros los que mandamos en nosotros mismos, porque obedecemos a un Caudillo, y ya hemos hecho la definición que nos acomoda ante la guerra que resta en Europa: España es no beligerante. Los que no supieron del concepto justo de la beligerancia durante nuestra guerra y los que supieron demasiado del concepto injusto de las sanciones cuando Italia buscó lejos la expansión que el inglés le cerraba cerca, comprendieron por duros de inteligencia que los sucesos pasados y presentes les hayan tornado, que beligerancia y sanciones son dos conceptos que antes desataron las indignaciones como ahora aglutinan las afinidades.

Acabó nuestra guerra, roto y huído el ejército rojo, y el vencedor, dueño al fin de la íntegra Patria rescatada, no fué nunca «beligerante» para las cancillerías democráticas.

Liquidóse aquella campaña de Abisinia, y el Negus, con su sombrilla, halló cobijo en Londres, mientras las sanciones se sobrevivían para los orondos empleados ginebrinos que aun no acertaban a interpretar toda la gloriosa ilusión del pueblo italiano.

No fuimos beligerantes entonces porque ellos, torpes, no quisieron, y no somos beligerantes ahora porque, soberanos, disponemos de nuestro albedrío y siempre de nuestro destino.

En la áspera realidad de la lucha por el derecho vital a existir, sanciones antes fué sinónimo de beligerancia después.

Porque antes y después, Inglaterra tarda mucho en comprender...

SPECTATOR

HOY

RANTES

Los miembros femeninos de la Real Familia inglesa desempeñan en esta guerra importantes cargos en servicios de la retaguardia. La duquesa de Gloucéster, comandante auxiliar femenino de las R. A. F., sale, vestida con el uniforme de su cargo, de las oficinas de reclutamiento de Victoria House, en Kingsway

←Su Majestad Jorge VI tiene que ir de un lado a otro continuamente para contribuir con su presencia al levantamiento de los espíritus y para satisfacer la curiosidad del público. Aquí le vemos después de haber visitado la Real Maestranza, aplaudido por unas cuantas niñas y jóvenes

(Fots. Diego)

PUBLICITAS

SOL ENTRE EL PELO...

RUBIA LUZ de Camomila Intea, la loción vegetal e inofensiva. **CUIDE SUS CABELLOS** con este delicioso producto, los tendrá suaves, finos, vigorosos y de **UN RUBIO ENCANTADOR.** Los malos preparados los ponen ásperos, resecos cascados, sin vida y sin gracia... rebeldes al peinado.

¡Desconfíe de las imitaciones!

Complete el cuidado de su pelo con la BRILLANTINA IDEAL INTEA, fluida, sin grasa, bien perfumada, especial para las rubias; no oscurece el pelo. Las malas Brillantinas, lo ponen pegajoso y áspero y alteran el color.

SIEMPRE ELEGANTE Y DISTINGUIDA *con*

CAMOMILA INTEA

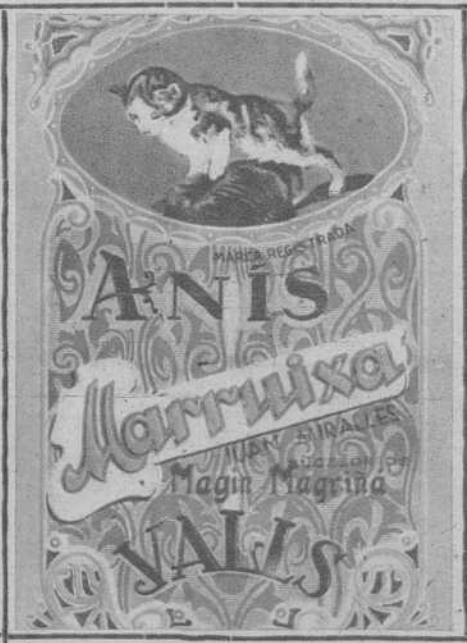
J. Banús Sans

Vermouth nacional ORO

Vinos generosos • Priorato Quina

REUS

Apartado 18 - Teléfono 6 - Dirección Telegráfica: Banusans



Compañía de Edificación y Obras

Arrabal de Capuchinos, 6
Teléfono, 188

VALLS

ALMACENES

DROGAS
—
COLONIALES
—
COMESTIBLES
—
SAL

Mateu, Ribé y C.ª

Sdad. Ltda.

Arrabal San Antonio, 47 y 49
Teléfono, 65

VALLS

EREDEROS DE

F. Miró SANS

EXPORTACION DE VINOS

REUS

VINÍCOLA REUSENSE
S. A.

VERMOUTHS Y VINOS GENEROSOS

REUS

Los dos amiguitos

La nena y el gato

A la nena le han regalado un gatín.

La nena le ha mirado, al principio, un poco sorprendida. «¿Qué clase de bicho será éste?», parece decirse mientras le examina.

Pero el gatito es inofensivo y cariñoso. Después de todo, empieza ahora a andar—a gatas, naturalmente—por los caminos de la vida. Sus felices papás pudieron librarse de la «escabechina» de la guerra, que agotó en Madrid la raza felina.

El estuvo escondido en la copa de un árbol del Retiro, alimentándose... de ilusiones, ajeno a la llamada tentadora del hombre que tras la verja dejaba que el viento divulgara los atrayentes olores de un trozo de bacalao, ardid engañoso por el que pasaron al saco de la muerte millares de gatos, que luego eran presentados en los restaurantes clandestinos como «conejo a la cazadora», y que se devoraban con fruición.

Ella, más afortunada, estuvo en una Embajada, con su amita, y aunque pasó lo suyo porque la cordilla llegó a ser un bello sueño, un recuerdo lejano y borroso, por lo menos estuvo a cubierto de cualquier acto violento que pusiera en peligro su vida.

Y una noche, ella y él se encontraron en la alta ciudad de las chimeneas.

—¡Miau!—dijo él.

—¡Miau!—dijo ella.

Y en seguida se pusieron de acuerdo.

Fruto de sus amores fué este gatito, a la que la nena, una vez que se han hecho amigos, ha puesto, quién sabe por qué misterios del alma infantil, el nombre de *Titi*.

Se han hecho amigos en unos minutos. *Titi*, alejado repentinamente del hogar familiar, necesita un cariño como el de la nena, inocente y travieso, que le haga olvidar su forzosa orfandad. La nena, con su media lengua, entabla diálogos en los que su interlocutor de cuatro patas ensaya, sin conseguir ningún resultado, esa palabra que constituye todo el lenguaje de los gatos. Sólo acierta a fabricar un sonido de trompetilla que hace romper a la nena en claras risas.

Sobre su fino lomo pasa la nena su pequeña manita. Y entonces *Titi* se revuelve mimoso y juguetón, devolviendo con la puntita de la lengua la tierna y espontánea caricia infantil.

—Miiiiii...

Y ella le dice:

—*Titi...., gapo... Percioso...*

Mientras, los padres de *Titi* pasean melancólicos por los tejados, lanzando unos prolongados y desconsoladores *miaus* que hacen estremecer de pena a todos los amigos y familiares que andan por los tejados...

—¡Miarramiau!—exclaman los dos, unidos en el paroxismo del dolor.

Ajenos a todo, la nena y *Titi* viven su pequeña felicidad.

(Fots. Hess) I. M.

El campo de batalla, en las cercanías de Zeila, demuestra la dura lucha sostenida durante dos días por la conquista de este centro, considerado como el más importante de la Somalia Inglesa

El primer reportaje gráfico de la gran victoria italiana

Tiene hoy FOTOS el privilegio de poder ofrecer a sus lectores las primeras imágenes de la victoriosa ofensiva que los soldados de los ejércitos italianos han emprendido a través de las tierras de la Somalia Inglesa, empeñados en una lucha que, por las condiciones del terreno y por los rigores de la temperatura, requiere en los combatientes un alto espíritu, una gran fortaleza física y una preparación dura para llevar a cabo esta clase de guerra. Adentrados en el desierto, los italianos prosiguen su avance sin interrupción, metódicamente, ejecutando sus planes estratégicos con toda exactitud. Establecido ya el con-

Arriba: Bajo el sol quemante y por las arenosas tierras del Africa oriental, los soldados del Ejército italiano continúan metódicamente su avance, a pesar de la resistencia que intentan oponer los ingleses

←La batalla ha empezado; pese al fuego enemigo que intenta defender la ciudad, los italianos avanzan por las proximidades de Hargeisa, seguros ya de la inmediata victoria

Uno de los [illegible] malia Inglesa. [illegible] indígena dis[illegible] pientes en los [illegible] dada al [illegible]

Las tropas motorizadas van, en la larga columna de camiones, salvando todos los obstáculos del terreno y guiadas, simbólicamente, por una gran fotografía del Duce, colocada en el primer vehículo

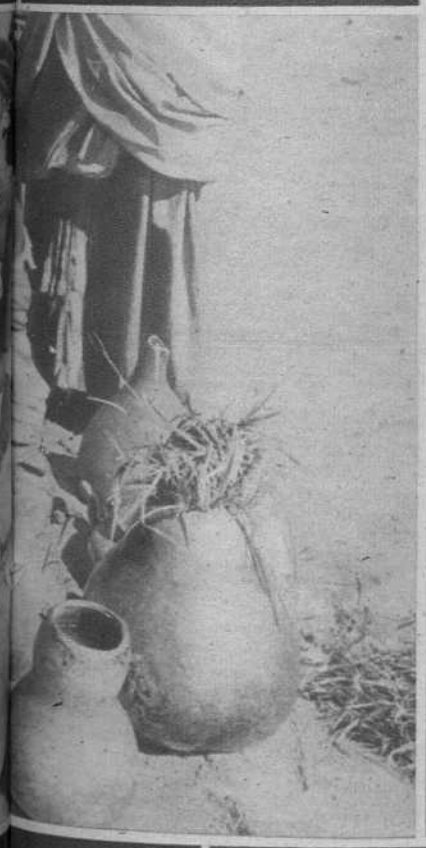
EN LA SOMALIA INGLESA

(EXCLUSIVO PARA «FOTOS»)

tacto con el grueso de las fuerzas inglesas, éstas no han podido evitar la ocupación de importantes poblaciones y de fortalezas, que, como la de Zeila, estaban defendidas por una guarnición reforzada y protegida por barcos de la Escuadra británica: después de dos días de intensos combates, el fortín fué asaltado y los ingleses recibieron así una prueba bien contundente de la combatividad y de la eficacia de las armas italianas, cuya acción en la Somalia británica prosigue triunfalmente.

(Fots. E.)

Cerca ya de Hargeisa, los luchadores italianos, en apretadas filas, van animosos y entusiastas hacia el combate, llevando en los labios las canciones guerreras



pozos de la So-
l borde de él, una
a llenar los reci-
el agua es trasla-
no poblado

Camino de Zeila, las baterías son transportadas por camellos y servidas por las fieles tropas de color, habituadas al terreno y, sobre todo, al clima →

El brazo en alto, bajo el sol de España; juventud nueva y trabajo del labrador castellano en estos días de trilla y siega de la tierra fecunda de la patria

TIERRA FECUNDA

BAJO EL SOL DE ESPAÑA

Sobre los campos de la patria recobrada no vemos ya el ir y venir de los soldados. Ni se oye tampoco el tableteo de las máquinas bélicas, ni el atronar de los cañones en acción. Ya no hay enemigo. Todo aquello terminó con la victoria. Sangre heroica de España cubrió la tierra y la absorbió hasta su entraña para fructificarla en granada cosecha de realidades triunfales.

El campo de Castilla, grandioso escenario de la gesta, volvió a la calma de la paz, y la espiga—pan de la trilogía eterna—es signo fecundo de la tierra ganada con dolor y sacrificio.

Sol de agosto, calor de fuego y sudor en la frente. Cantos de trilla, mientras la yunta da vueltas y vueltas alrededor del círculo de la era. Sana alegría en la faena realizada con esa íntima satisfacción del trabajador al considerarse partícipe del engrandecimiento común del suelo de España.

Dos épocas. Antaño y hogaño. La madurez del campesino y la legítima esperanza de la juventud. El ayer en la figura magra y serena del labriego tallado en piedra castellana y el instante nuevo, en el símbolo joven de la España de Franco. Trabajo afanoso el de los pequeños campesinos, que ya conocen por su propia cooperación en la tarea la grandeza de recoger el fruto del campo cultivado.

Y entre los dos, el ayer y el hoy, un mutuo calor de humanidad, un mismo anhelo de enseñar y aprender, un idéntico orgullo de servir, de ser útil, de amar a España sobre todas las cosas.

Se acabaron para siempre las luchas de clases. Nuestra España no quiere saber de aquel mito de castas y privilegios que incubó el marxismo. No sabe más que de trabajo para todos, y a todos les abre sus brazos de comprensión para atraerlos hasta ella. Si la vida es dura, mejor; si el trabajo es intenso, no importa; si la misión es larga y fatigosa, la vista hacia arriba para recordar a los que cayeron, hace de la faena jornadas de estímulo y horas ejemplares.

La tierra ha dado su fruto. Entre los trigales, las rojas amapolas parecen mostrarnos, para que nunca lo olvidemos, aquella sangre mártir que derramó España en ansia de una patria mejor. En estas mismas tierras de labradío, en los surcos que marcaron los arados, ¡cuántos cuerpos no fueron acribillados a balazos mercenarios del odio! Cada trozo de esta tierra que hoy da espigas es un mudo testigo de la epopeya. Palmo a palmo se ganaron los campos, ¡cara al sol!, bajo sus rayos, que hoy, en la tarde caliente de brasa, sabe más a España y tiene olor y color de patria auténtica.

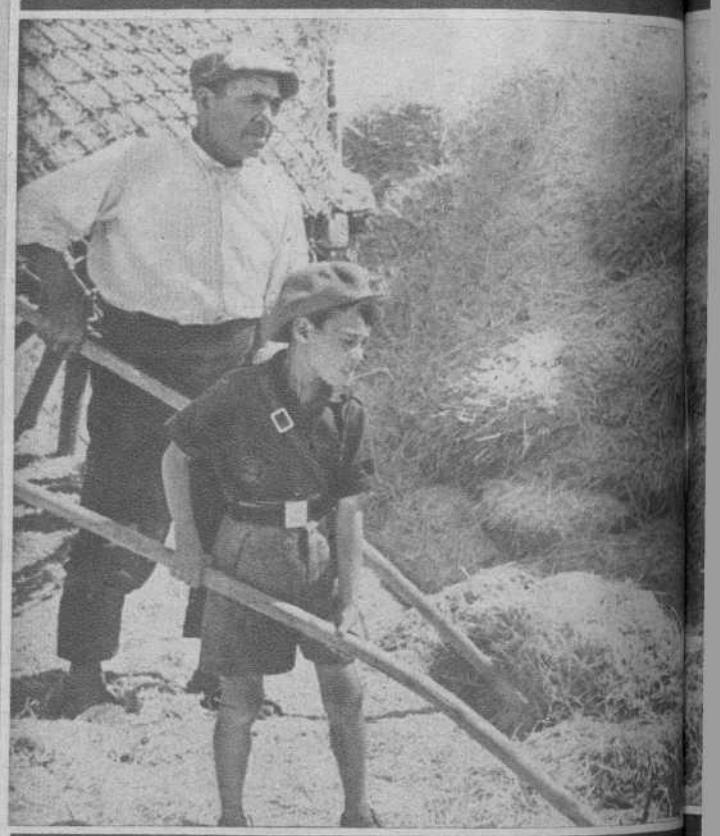
Remate en la tarea. Por hoy ya fué bastante, y... mañana será otro día. Descanso y al pueblo, en busca de la bien ganada cena. Unidos en el yugo y las flechas, hombres y niños retornan a sus casas, dando gracias a Dios que les dió vida y brazos para el trabajo.

Dobla la campana en la torre de la iglesia. Los caminantes hacen un alto en su andar alegre; levantan los brazos, abren las manos, y de sus labios sale una oración. Y mientras el toque de *Angelus* anuncia el crepúsculo, una misma voz es ahora ritmo de un solo pensamiento... «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Castilla y agosto 1940.

MANUEL FERNANDEZ-CUESTA

La veteranía del campesino español es hoy enseñanza para los pequeños camaradas, que saben que la tierra madre es fruto bendito de la cosecha de hogaño



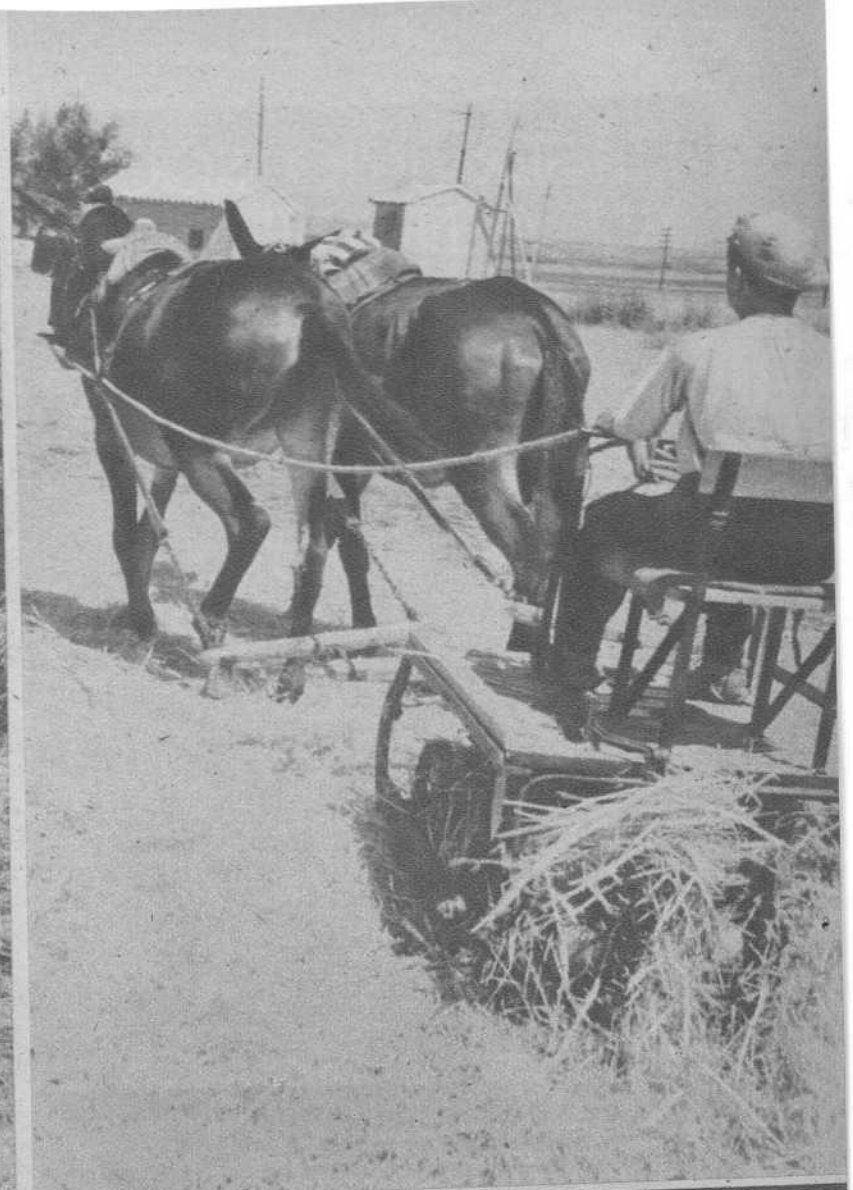
Hacinando las gavillas para que, después, el carro las lleve a la era y dar comienzo a la trilla

En la planicie de Castilla, los pequeños campesinos de la Falange trabajan sin descanso en las tareas de la tierra

(Fots. Hess)

El viejo campesino entrega al pequeño aprendiz la gavilla para que haga el atado y los montones que irán más tarde a la era para ser trillados →

Ya está el carro casi lleno de trigo. Pero todavía puede cargarse más. Y en esta faena sorprendemos al labriego en la tarde de sol y calor de Agosto



En la era, la yunta arrastra la trilladora, que separa la paja del trigo

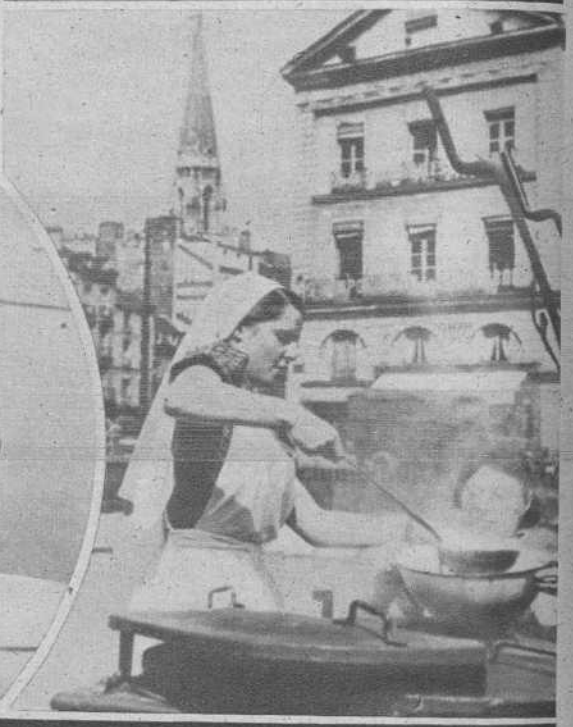
EL SERVICIO SOCIAL ALEMAN EN FRANCIA N. S. V.

Una sala dormitorio-comedor en un albergue de refugiados franceses, que regresan a sus destinos en la zona ocupada por Alemania

Mientras los padres descansan, las cuidadoras se encargan de los hijos de los refugiados

Después de haber tomado nota de los nombres y destinos de los que regresan a sus hogares, los niños y enfermos reciben en la estación la primera ayuda →

La despedida cordial al salir del albergue para continuar el viaje hacia la localidad que abandonaron en los días tristes de la evacuación ↓



El reparto de la comida por una señorita auxiliar, de nacionalidad francesa, en una cocina de campaña

El transporte de los que regresan. Desde la central de fugitivos son llevados éstos, en camiones, a la estación (Fots. Orbis)

DESDE LOS PRIMEROS DIAS DE LA GUERRA...

Han pasado por Madrid, camino de su patria, los alemanes que estaban prisioneros en el Africa Central francesa

El jefe del partido nazi en Madrid, señor Thomsen, conversa con uno de los ex prisioneros a su llegada a Madrid, después de haberle entregado la ropa que sustituirá al traje de cautivo y el flexible que cambiará por el «salakoff»

Libertados después de varios meses de cautiverio en Africa, sin contacto con la civilización y desconocedores hasta el término de su condición de prisioneros de la victoria alemana sobre Francia, estos hombres que acaban de llegar a Madrid, de paso para su patria, parecen haber despertado de un terrible sueño (Fots. E.)

DESDE los primeros días de la guerra, cada barco mercante alemán que la Escuadra francesa o inglesa encontraba solo en el mar y sin más protección que el valor y la fe de sus hombres, quedaba capturado y la tripulación internada en Africa. A toda prisa, los aliados levantaron campos de concentración en diferentes puntos de las colonias francesas, y allí, en medio de la selva, en donde la vida libre es ya una prisión, estuvieron hasta hace pocos días trescientos alemanes. Trescientos alemanes que el ardiente sol, la malaria y las fiebres infecciosas fueron diezmando.

¡La libertad!

La victoria de las armas alemanas trajo consigo la petición del armisticio por Francia. En sus primeras cláusulas estaba la entrega inmediata de todos los prisioneros que estuviesen en los campos de concentración de Francia o de sus colonias. Alemania, antes que nada, reclamaba ardientemente la libertad de sus hombres; pero las costas africanas estaban lejos, y sólo las rigurosas medidas tomadas por los alemanes encargados del cumplimiento del armisticio pudieron localizar con prontitud a los prisioneros alemanes que estaban internados en los campos de concentración de la selva africana. Y de pronto, un día, a estos alemanes quehacía meses y meses estaban sin contacto con la civilización, les llega la verdad: la noticia de que el pueblo alemán era el victorioso y el francés el vencido. ¡Se les había hecho creer lo contrario! Ahora esperaban que llegasen unos aviones, aviones alemanes que la patria los mandaba para que su libertad no tuviese ya más trámites de angustia. Diez horas de vuelo y estarían en tierra amiga, en tierra de España: en Madrid.

La llegada a Madrid

En el aeródromo, los representantes del partido nacionalsocialista alemán, junto con la colonia alemana, esperan impacientes la llegada de los aviones que transportan a sus hermanos. Docenas de falangistas se han sumado a ellos. El jefe del partido nazi en Madrid, señor Thomsen, tiene sus ojos clavados en el cielo. Alto, simpático y lleno de cordialidad, mira al reloj y dice:

—Ya faltan pocos minutos.

En efecto, al cabo de unos instantes se siente el ruido de los motores, y un avión dibuja su silueta en medio de nuestro cielo azul. Después, el aparato aterriza majestuosamente. El aire se llena de aplausos, y unos hombres ajados, flacos, de hundidos ojos, empiezan a bajar del avión. La alegría baila en las caras; pero su estampa dice bien claramente los sufrimientos, porque han pasado. Algunos de ellos tienen que ser transportados en camillas, vienen enfermos, deshechos. Rápidamente se organiza su traslado al hospital alemán; a los demás se los lleva a la casa del partido, donde les van a dar trajes nuevos, zapatos, ropa blanca y, sobre todo, algo que necesitan más que nada: noticias de la Patria. ¡Con cuánto cariño son atendidos estos hombres por la colonia alemana! Todos quieren tener uno en su casa, que sea su huésped de honor.

La odisea de unos valientes

Ya parecen otros hombres. En Madrid estarán dos días. Después, atravesando Francia, la Francia vencida, llegarán a la Alemania victoriosa. El señor Thomsen sonríe ahora satisfecho, mientras dice a uno de los ex prisioneros alemanes:

—¿Verdad que te sienta bien este traje?

—¡Como que no me conozco!

Thomsen habla con otro, que le dice:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclama él—. Todo esto me parece un sueño.

Nos dijeron tantas mentiras.

Nos decían que Alemania estaba vencida. Que los franceses habían ocupado la mitad del territorio alemán y aquello era para nosotros mucho peor que vivir entre los negros y soportar la comida que nos daban.

—Además—interviene otro—, había que luchar contra la disentería y contra las fiebres.

Había que luchar con el calor de Africa, con ese calor que consume a los hombres poco a poco hasta extenuarlos, y todo ello bajo la mirada cruel de unos guardianes. Así es cómo han vivido meses enteros estos alemanes, que un día presenciaron cómo los buques de guerra enemigos se entretenían en hundir sus tranquilos y pacíficos barcos mercantes. Pero qué importan los sufrimientos pasados si dentro de poco estarán de nuevo en Alemania, y ahora viven aquí, ya entre los suyos y en una nación que sabe tener para ellos todo el cariño de la hermandad.

A. ALONSO CASARES

PUBLICITAS

¡¡Más linda cada día...!!

Si; cada vez más linda porque su rostro aparece cada vez más suave, más terso, sin huellas de granos, ni pecas, ni rojeces, ni espinillas... Es porque usa el incomparable

VISNÚ

EN TONOS:

BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL

CERVECERIA BAVIERA

Alcalá, 37 Rambla Canaletas, 7

MADRID BARCELONA

RESTAURANTE A LA CARTA

En un ambiente distinguido encontrará usted los platos más selectos y la bodega mejor surtida

APERITIVOS
REFRESCOS
CAFE-BAR
COMBINADOS

ESTUDIOS FOTOS

¿Quiere tener en casa agua caliente disponible a cualquier hora del día o de la noche?
El Calentador eléctrico **DANY**, de fabricación nacional, le dará esos resultados.
Para el afeitado, lavado de ropa, asear al niño o preparar el baño, lo obtiene en pocos minutos, ahorrando tiempo y dinero. De fácil manejo y máxima garantía.
En toda casa, **DANY** es indispensable.

De venta en todos los buenos establecimientos de electricidad.
PRECIO: 60 PESETAS

RECTIFICACION En el núm. 175 de FOTOS, en la página titulada **Posada del Mar**, apareció, por error, en la dirección de la Casa de Electricidad de don Hermenegildo Morales, la calle de Salvador Molina, núm. 34, cuando en realidad esta Casa tiene sus Talleres en la calle de **Salvador Martínez, núm. 34,** Teléfono 74425, donde se pone a disposición de sus clientes

giratorias y graduables
metálicas con asientos y respaldos en madera curvada y barnizada, muy sólidas poco peso
Escríbanos:
Apartado 103 - San Sebastián

MARCA DE FÁBRICA

LA CALIBRADORA MECÁNICA S. L.

FÁBRICA DE BARRAS CALIBRADAS DE ACERO Y HIERRO, SISTEMA SUIZO. — ALTA PRECISION

REDONDOS, CUADRADOS, PLANOS, EXAGONALES Y PERFILES ESPECIALES DE MEDIDAS METRICAS E INGLESAS.--GUIAS PARA ASCENSORES.—GUIA-TACOS PARA TELARES

APARTADO 40 TELEFONO 191
TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS: CALIBRADORA
FÁBRICA EN
VILLANUEVA Y GELTRÚ
(BARCELONA)

ESCOPETAS DE LUJO
"FAISAN"

URRIOLA SARASQUETA HERMANOS
Apartado 19. - EIBAR

OFERTA INTERESANTE

Escopeta **HAMMERLESS,** sistema **Amson & Deley,** triple cerrojo transversal cuadrado, orejas de refuerzo, cañones de acero fino, derecho liso e izquierdo «choke».—Ptas. **340**

Escopeta **HAMMERLESS,** llaves encajadas, triple cerrojo transversal cuadrado, orejas de refuerzo, cañones de acero fino, derecho liso e izquierdo «choke».—Ptas. **380**

Escopeta **HAMMERLESS,** llaves encajadas de doble seguridad, cierre Purdey, extractor Holland, cañones de acero fino, grabado especial, culata nogal elegido.—Ptas. **580**

Nota.—Los pedidos deberán venir acompañados de su importe y se servirán rápidamente con sus certificados de pruebas

Carlos Sallés

CONSTRUCCION DE MAQUINARIA PARA INDUSTRIAS TEXTILES

Paseo del Carmen, 6
VILLANUEVA Y GELTRÚ

PANTALLA

La boda vulgar de Loretta YOUNG

La estrella americana de la pantalla Loretta Young, vista por Del Arco

LA boda de una estrella de la pantalla americana es cosa que ya no llama apenas la atención. Pasa igual que con los divorcios. Son dos actos que las actrices y los actores de Hollywood repiten tan frecuentemente que han dejado de ser tema de la curiosidad pública. Los aficionados, hasta no hace muchos años, se sabían al pie de la letra las idas y vueltas matrimoniales de las figuras del cinema. Pero tantas idas y, sobre todo, tantas vueltas, han acabado por marearlos, y hoy ya no se preocupan de si Fulanita se ha casado por quinta vez o si Menganita se ha divorciado por sexta. Demasiadas bodas y demasiados divorcios.

Sin embargo, un matrimonio reciente acaba de conmover las rotativas de los periódicos yanquis. Se ha casado Loretta Young, la actriz de los ojos inmensos y de las tiernas interpretaciones sentimentales. Y si su boda ha conseguido lo que no consiguen otras, ha sido precisamente por su falta de normalidad. En efecto, lo establecido para estos casos es que las famosas actrices de la pantalla se casen con algún millonario, con algún príncipe indio, con algún título venido a menos, y en su defecto, con un actor igualmente famoso. Tampoco es corriente que una estrella se case por primera vez. Eso sería demasiado vulgar. Pero como alguna vez tiene que ser la primera, Loretta Young se ha decidido, ahora que acaba de cumplir los veintisiete años, a dejar de ser la que ya empezaban a llamar en Hollywood «la soltera impenitente». La soltera ha dejado de serlo, y como ha sabido o querido mantenerse durante tanto tiempo refractaria al matrimonio, el día en que, por fin, ha claudicado ha sido casi sensacional en el chismoso mundillo de Hollywood.

Pero no es sólo por esto por lo que la gente ha abierto la boca en un gesto de estupefacta admiración. Loretta acaba de romper los moldes clásicos. Se ha casado de un modo vulgar, en una población vulgar y con un hombre vulgar, que, además, le lleva nueve años de diferencia. Su marido no es ni más ni menos que un simple agente de publicidad de la radio. Se llama Thomas H. Lewis, y no se sabe de qué medios se ha valido para adentrarse en el corazón de la sensible actriz. El hecho es que con su cara corriente de vendedor de neumáticos y con su anónima personalidad ha conseguido lo que muchos otros —famosos o ricos, o ricos y famosos—no han podido lograr. Los misterios del alma femenina son insondables como el bolsillo de un judío, y los motivos que hayan inducido a la gentil Loretta a pasar a la situación matrimonial del brazo del que, absorbido por la fama de ella, se llamará desde ahora «míster Loretta Young», permanecerán para siempre dentro del más impenetrable de los enigmas.

Registradores escrupulosos de todas las pequeñas vibraciones del mundo del cinema, no tenemos más remedio que señalar aquí el acontecimiento que ha tenido lugar, para más detalles, en la iglesia de San Pablo, en Westwood, la ciudad situada en el centro de la más hermosa región de los bosques de California.

A. A.

Loretta Young con Tomás H. Lewis, después de su enlace matrimonial, celebrado en la iglesia de San Pablo, en Westwood (California) (Fot. Diego)

PARA TÍ, LECTORA

Pieles

Sencillo atavío para casa en lana gris. La nena viste un lindísimo traje en seda color salmón

COMO todos los años acontece, el descenso termométrico, precursor de los primeros fríos, creará entre el elemento femenino de todos los hogares un gravísimo problema: el de las pieles.

Su total renovación determina un importante desembolso, no siempre posible, y ello hace que se acuda a los peleteros en demanda de consejo. ¿Limpieza? ¿Teñido? ¿Sustitución? Lógicamente, los comerciantes de pieles propugnan, en primer lugar, por su total renovación, y, en defecto de ésta, por el teñido, si bien suelen hacer la salvedad de que este último procedimiento no suele dar buenos resultados. Y así es, en efecto.

Sólo algunas pieles, como el «visón» del Canadá y la «cibelina» auténtica, resisten este tratamiento, a condición de encomendarlo a un buen especialista, y sólo cuando las pieles cuya tonalidad se desee variar no estén demasiado usadas.

Por el contrario, ninguna piel que no sea mate debe ser reteñida, y menos que ninguna, el armiño, la marta y el «renard», porque las substancias que suelen emplearse en la operación quemarían el cuero y las pieles se desharían dejándolas inservibles.

Finalmente, las chinchillas en su primitiva tonalidad pueden resistir, sin demasiado riesgo, una segunda coloración, siempre que sea realizada a base de ázoe, lo que les presta un bello matiz azulado.

Ahora bien: si la operación de un nuevo teñido es peligrosa y complicada, es, en cambio, sumamente sencillo y económico mejorar el estado de las pieles por medio de un simple método de limpieza, cuyas particularidades expondremos en nuestra próxima crónica. Confiamos que nuestras lectoras disculparán este paréntesis de una semana.

En esta época de crisis, la adquisición de nuevas pieles significa un verdadero despilfarro que no todas las damas pueden permitirse. ¿Qué hacer? Si felizmente vuestra situación económica lo permite, sustituirlas. Pero si, por el contrario, vuestro presupuesto está egotado y no os permite nuevos dispendios, seguid los consejos que en tal sentido os brindaremos en nuestra próxima, en la seguridad de que lograréis resultados sorprendentes.

L.

Vestido de tarde, con manga de corte nuevo y tela de dos tonos

Original y favorecedor traje de tarde en pañete de un solo color

fotos

UN CUENTO CADA SEMANA

Nuestra Señora de Enkuissen

POR ALONSO de MEDINA

CORRIA la noche pavorosa y rápida, y más de prisa que ella hacíalo un hombre que por la Puerta del Sol iba con ligerísimos pasos hacia la que a poco había de llamarse calle de la Victoria.

Finalizaba el siglo XVI—grande, espléndido, triunfal—, y Madrid, a obscuras casi por completo, no tenía más luces que las proyectadas por las trémulas y vacilantes lamparillas colocadas ante las imágenes que se veían en alguna que otra esquina.

Aquellas luces, sostenidas por la piedad de los vecinos, eran las únicas con que contaba nuestra villa y corte, cuyas calles sólo eran cruzadas a tales horas por quienes tenían imperiosas e ineludibles obligaciones de realizarlo.

Muy urgente e importante debía de ser la de nuestro desconocido, a juzgar por la rapidez con que marchaba. ¿Adónde se dirigía? Al Convento de la Victoria, al que no tardó en llegar. Con nerviosa y enérgica mano llamó a su puerta, y, lleno de impaciencia, contó los minutos—que a él le parecían siglos—que tardaron en acudir a su llamamiento.

Al fin oyó una voz débil y tímida, que le preguntaba:

—¿Qué deseáis?

—Hablar con el padre Juan.

—¿Quién sois?

—Un hombre que necesita verle.

—Comprended que estas horas no son las más apropiadas para recibir a nadie.

—No perdáis el tiempo. Decid al padre Juan que se trata de un soldado, que viene de Holanda.

Tanta autoridad, tanta energía y al mismo tiempo tanto dolor había en las palabras del desconocido, que el que le escuchaba abrió la puerta.

—Pasad—le dijo—. Aguardad aquí. Voy a decir al padre lo que deseáis. No sé si podrá escucharos. Descansad y calentaros mientras vuelvo.

Dicho esto, desapareció, para anunciar al padre Juan de la Victoria a su extraño visitante.

El religioso, sin preguntar apenas de quién se trataba, avínose a recibirlo. Así se lo manifestó al que en aquellos momentos hacía de recadero, y volvió a decir al protagonista de nuestro relato que el padre no tenía inconveniente en oirle.

—Gracias—dijo el soldado—. No sabéis el favor tan grande que me hacéis. Soy muy desgraciado, y vengo desde muy lejos para volverme a marchar lleno de pena y angustia.

—¿De dónde venís, si es que se puede saber?

—Si no tomáis a orgullo mis palabras, os diré que vengo de luchar en Flandes.

—¡Gran país!

—Mejor que el nuestro no hay otro, y quien diga lo contrario, miente como un miserable—replicó altivo el soldado.

—Ya lo decía... Perdonad.

La humilde actitud de su interlocutor hizo comprender al exaltado lo inoportuno de su arrogancia. Se había olvidado del lugar en que se hallaba. Así se lo manifestó al que le miraba tan medroso como asombrado.

—Os ruego que perdonéis mis palabras. Es que hablando de España no sé lo que me pasa al solo pensamiento, a la más leve sospecha de que haya quien ponga en duda que es lo más grande del mundo.

—Así lo creo yo, no con tanta violencia como vos, aunque con la misma seguridad.

—Si es así, podemos ser amigos.

—Desde luego; pero ya somos hermanos.

—Gracias. Llevadme pronto a presencia de fray Juan.

—¿Vais a ir con eso?

—Naturalmente—replicó el soldado.

—Como queráis; pero...

El que así hablaba referíase a un bulto voluminoso que llevaba el militar y no había dejado en ningún sitio. A pesar de las dimensiones y de la incomodidad que suponía sostenerlo y retenerlo, no lo soltaba.

—Si supierais lo que es esto...

—Quisiera conocerlo, y Dios me perdone la curiosidad; pero si no lo decís...

El soldado no contestó. Hizo una seña, que parecía un mandato, a quien con tanta paciencia le había escuchado para que le mostrara el camino que había de llevarle junto a fray Juan, y echó detrás de su guía por los amplios, desiertos y obscuros pasillos del convento.

—¡Cuidado!—le decía de vez en cuando su conductor.

—No temáis por mí. Estoy acostumbrado a ver aunque me falte la luz.

Y de esta suerte anduvieron hasta llegar a la celda del que estaba considerado entonces en Madrid como un modelo de piedad, misericordia y virtud y era a la sazón un hombre de más de mediana edad. Perteneciente a los mínimos de San Francisco de Paula, vestía el hábito de su Orden.

—Pasad—díjole al soldado, que no tardó en quedar solo con el religioso, pues su guía habíase retirado silenciosamente—. Os estaba aguardando — añadió el fraile.

—¿A mí?

—Yo espero siempre a los que me necesitan y vienen a mí en busca del consuelo y la ternura que tanta falta hacen en el mundo.

—Es que soy muy desgraciado.

—Me lo suponía por vuestra llegada a estas horas y con esta prisa. Pero sosegaos y hablad.

—Tomad antes este cuadro. Es una imagen de Nuestra Señora.

—¿Lo habéis pintado vos?

—¡Ojalá yo fuese como mi amigo y compañero Juan de Toledo, que de hombre de armas se ha convertido en artista que ahora adorna con sus pinceles el Convento de los Basilios! ¡Ojalá fuese como él, capaz de algo que perpetuase mi triste nombre; pero soy, como os he dicho, un desgraciado!

—¿De dónde procede entonces ese cuadro?

—De un pueblo de Holanda, llamado Enkuissén. Su historia está unida a la mía de tal manera que es su complemento. Lo adquirí en el pueblo que os he dicho para traerlo a España y colocarlo en lugar preferente en el hogar que yo deseaba constituir y ya no formaré nunca.

—¿Por qué?

—Porque herido en el corazón, y castigado como ningún hombre lo fué en el mundo, mis sueños son irrealizables. Mis anhelos insatisfechos sólo serán eso: anhelos. La vida cae sobre mí como una pesada losa. Siendo joven, soy por dentro viejo, muy viejo. En unos momentos he vivido siglos, y mi tristeza es mayor, no por mi desgracia, sino por la de dos seres inocentes. Una eternidad no sería bastante para llorar por ellos. Pedazos de mi alma rota, ignoro lo que su negro destino les habrá deparado. A mí ya sé lo que me corresponde: morir entre la desesperación y el remordimiento. ¿Os fatiga oirme?

—No. Desahogaos y ya veremos si vuestra situación es tan desesperada como creéis. Seguid.

—Hace unos años conocí en este mismo Madrid de mi tormento actual a una muchacha, a quien con engaños seduje.

—Mal hecho. Continuad.

—Arrastrado por mi espíritu aventurero, quise ir en pos de la gloria y me alisté en una de las banderas que iban a Flandes.

—¿Y qué fué de aquella joven de que hablásteis antes?

—Pronto la olvidé. Mi ambición era más grande que mi voluntad. En medio de mis luchas era dichoso. Cada día que pasaba borraba por completo el anterior. «De los tiempos, el presente», me decía a todas horas, sin pensar en el pasado, que para mí no existía. Era feliz porque no tenía conciencia de mí mismo. La vida me brindaba emociones que yo juzgaba maravillosas. La guerra no me dejaba tiempo para pensar en nada. En constante peligro, el instinto de conservación se imponía en mí a todo otro sentimiento. Estuve en los más brillantes hechos de armas de nuestras gloriosas tropas. Fuí modelo de soldado. Así lo reconocían mis jefes. Me confiaban los puestos de más responsabilidad. No hay exageración en mis palabras. Y un día me hallaba en Enkuissen, que habíamos ocupado con poca lucha. El pueblo es pequeño, tranquilo, apacible. Sus habitantes nos recibieron temerosos; pero al conocernos se transformó su temor en gratitud. Les llevábamos el espíritu protector y noble de nuestra querida España. Una noche pasaba yo por el pueblo cuando el llanto de un niño me sorprendió. Aquella criatura estaba en la calle. ¿Dónde? Atraído por el llanto, me dirigí al lugar de donde procedía, y no tardé en ver un grupo formado por una mujer y un niño reclinados en una puerta. Llegué junto a ellos, y al verlos me estremecí. ¡Aquella mujer era el vivo retrato de la que había abandona-

do yo en Madrid, dejándola quién sabe cómo! Me pareció una pesadilla. La interrogué. Dolor, miseria y amor hubo en su respuesta. No era la joven que yo había dejado en Madrid; pero me llamó a la realidad y al deber. La socorrí con largueza. Al entregarla parte de mis ahorros, me pareció que realizaba una obra de reparación y justicia. ¡Sobre todo aquel niño blanco, rubio y bello como nuestro sol...! Me alejé de ellos sin saber lo que me pasaba. Yo no era bueno. No lo había sido. Me creía valiente y era el más cobarde de todos, ya que no había tenido valor para defender, en contra de mí mismo, a la que había creído en mis palabras y en mis promesas. La satisfacción de un vulgar deseo, ¡quién sabe el daño que habría causado en un alma crédula y débil! El afán de repararlo fué mi obsesión. A los pocos días sostuvimos un combate. Caí herido. Por primera vez tuve miedo de morir. Me pareció que mi vida no era mía como hasta entonces había supuesto y creído. Mi conciencia despertaba. Ya era tarde.

—Lo veremos.

—Ya lo he visto.

—No os precipitéis. Seguid.

—Entre la vida y la muerte estuve bastante tiempo. Al fin me pude salvar, si es que se puede considerar la vida como salvación.

—¡Vos qué sabéis!

—Yo no sé nada más que sufrir.

—¿Os parece poco?

—Fueron tan graves mis heridas, y mi conducta tan heroica y ejemplar, que mis jefes me concedieron una licencia para venir a España. Así lo hice; pero como mi corazón estaba lleno de propósitos reparadores, decidí aprovechar la ocasión que se me presentaba y ofrecía para honrar a la que tanto lo necesitaba. Nuestra Señora de Enkuissen había sido mi protectora y salvadora. A ella me encomendé en los momentos más aflictivos y críticos, y a ella volví mis ojos y mi pensamiento al verme en salvo. Compré una imagen suya para traerla conmigo. Quise que fuese la abogada y defensora de la casa que pretendía fundar. Deseaba colocar bajo su advocación y amparo a los que de mí vivieran, aunque a mí me los negara.

—¿Os lo negó alguna vez?

—Ahora lo veréis.

—Continuad. Os escucho.

—Con gran impaciencia—continuó, el soldado—realicé el viaje. Me despedí de mis compañeros, más alegre y jubiloso que nunca. Todos me vieron partir con melancolía y cariño. Les dije que volvería pronto, y unos me creyeron y otros dudaron de mis palabras. A estos últimos les abrí mi alma y entonces comprendieron la razón que me asistía para abandonarlos, y no tuvieron más dudas. Conociéndome, llegaron a la convicción de que yo no era un fugitivo, sino un hombre que iba a cumplir, aunque tardíamente, con su corazón y su conciencia y que no pasaría mucho sin que me reuniese con ellos.

Hizo una pausa el soldado, transcurrida la cual siguió diciendo:

—Alegremente nos separamos; yo, contando las horas que me faltaban para llegar a España, y mis camaradas entregados a las nobles emociones de la guerra. Al fin llegué a Madrid, que entonces me pareció más mío que nunca. Corrí presuroso y anhelante a buscar a la que suponía sorprender con mi presencia. ¡Qué desengaño!

—¿Qué os sucedió?

—Nadie supo darme noticias de la mujer que buscaba. Con la natural zozobra llevé a cabo toda clase de pesquisas.

—¿Averiguásteis algo?

—Al fin, después de mil tentativas, supe que la que yo venía a buscar había sido madre de un niño.

—¿Y qué más?

—Que víctima de mi abandono y del abandono de los demás, un día desapareció.

—¡Pobrecita!

Con un gemido de angustia siguió diciendo el que así desahogaba su alma ante el padre Juan de la Victoria.

—Coincidió su desaparición con el hallazgo de un niño de pocos meses de edad.

—¿Y dónde lo encontraron?

—Apareció a la puerta de este convento, según me han dicho. Aquí lo recogieron para entregarlo a los hermanos de Nuestra Señora de la Soledad.

—Si es así, hicieron bien, ya que esta Hermandad se dedica a criar y proteger a las criaturas abandonadas por sus desnaturalizados padres.

—¡Qué buenos serán entonces los que figuren en ella!

—Quieren serlo. Ahora permitidme que os pregunte qué deseáis.

—Ya os he dicho que entregaros este cuadro. He oído hablar de vos con tanta veneración como cariño. En Madrid ponderan todos vuestras virtudes. No hay nadie que ignore quién es el padre Juan de la Victoria. Quiero marchar al rayar el día, y ya que me preguntáis por mis deseos, os diré que consisten en que este cuadro figure aquí, en el convento ante cuyas puertas apareció un niño que quién sabe si sería mi hijo.

—Si es así, dádmelo. Agradezco vuestra ofrenda, porque ofrenda es, más que donativo.

—Perdonadme y compadecedme. Atormentado por el dolor más espantoso de todos, iré siempre en busca del que no hallaré en la vida.

—Yo creo lo contrario—dijo dulcemente el fraile.

—¿Sí?

—Hallaréis a vuestro hijo.

—¿Dónde, padre, dónde?

—En todos.

—No os entiendo. ¿Qué me decís?

—Lo que os dice vuestro corazón. Oidle, que la voz del corazón siempre nos indica dónde está la verdad. Escuchadlo. Quien está sordo para la voz del corazón no podrá salvarse nunca.

—¿Yo tampoco?

—Vos, sí, porque, traído aquí por ese corazón atormentado que despertó y os despertó a la ternura y a la piedad, sabéis, sin que yo os lo diga, qué es lo que tenéis que hacer.

Guardó fray Juan de la Victoria unos instantes de silencio. Luego dijo:

—No sois malo. Os conmovisteis con la desventura de aquella mujer y aquel niño que hallásteis en la ciudad extranjera de donde procede esta sagrada imagen. Los malos verdaderamente son quienes no se enternecen con el llanto, el dolor, la desgracia y el infortunio de los débiles y los humildes. Vos tuvisteis caridad—¡amor de caridad, bendito seas en el mundo donde haces tanta falta!—, y al tenerlo, salvasteis vuestro espíritu.

—Gracias, padre, gracias.

—Hablabais antes de vuestro hijo. Buscadle. Lo hallaréis. Os lo aseguro.

—¿Pero dónde?, vuelvo a preguntaros.

—En todos los niños que veáis en el mundo, y especialmente en los acogidos en las casas que fueron fundadas por aquel amor de caridad de que os hablé antes. Por lo pronto, os repito, que acepto el cuadro. ¿Sabéis para qué? Para ponerlo en la iglesia de la Santa Casa que hay en la Puerta del Sol y está dedicada a recoger a los niños abandonados.

—Sí, sí, padre. Hacedlo.

—Esta imagen será eterna protectora de las criaturas víctimas de un destino que gracias a ella no será tan triste.

El soldado ya no podía más. Lloró como lo que era: un hombre valiente y fuerte. El padre Juan de la Victoria, enternecido, le contemplaba.

—Llorad, hijo mío. Ya estáis salvado—le decía—; seguid oyendo la voz de vuestro corazón que no os engaña ni puede engañaros. Unicamente lo hace a quienes confunden su voz con la de su egoísmo.

Fortalecido el militar, separóse del padre Juan de la Victoria. Sus palabras le habían hecho tanto bien, que él mismo se pareció otro. Haría lo que le había dicho el religioso: buscaría a su hijo en todos los niños que viese en el mundo. Todos serían como el que buscaba, y él sería, a su vez, hijo de aquellos hijos de su alma. ¡Desgraciado el padre que no lo es de todos los niños que les recuerdan a los suyos! ¡Desgraciado el hombre que no ve en los hijos de los demás a sus propios hijos! ¡Desgraciado el que en su egoísmo, suicida a la larga, carece de ternura para envolver en ella a los que, huérfanos y desgraciados, están hambrientos de esa ternura que en la vida es tan necesaria o más necesaria que la misma vida!

Los que no la sientan ni la practiquen, ni sean capaces de prodigarla, podrán considerarse felices; pero su corazón no les dirá nunca nada, y, por consiguiente, no lo escucharán y estarán sordos a la verdad.

Así se lo manifestó el padre Juan a nuestro militar al despedirle.

A los pocos días asistió éste a la ceremonia que se celebró en la iglesia de los niños expósitos de Madrid con motivo de colocar en ella la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Enkuissen.

El pueblo, el noble pueblo madrileño, hizo suya la Sagrada Imagen, y alterando y transformando el nombre a su antojo, la llamó Nuestra Señora de la Inclusa, derivación de la de Nuestra Señora de Enkuissen.

De aquí proviene el nombre que ostenta la casa de los que, hijos de nadie, son hijos de todos y le fué dada por aquel soldado que vino de Holanda a buscar al suyo, y, al no hallarlo, repartió su ternura entre quienes carecían de ella.

No volvió a Flandes. Consagróse a la vida religiosa, y de modo especialísimo al cuidado y a la educación de los niños, a quienes contaba acciones de guerra, llenando sus corazones de sentimientos patrióticos y amor, encendido amor a España grande, invencible, imperial.

(Ilustraciones de MAXIMO RAMOS)

BIBLIOTECA DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

GARCIA RUESCAS
Y AZPILICUETA

VINOS, MISTELAS,
CONCENTRADOS
FABRICACION DE
ALCOHOLES VÍNICOS
VERMOUTH EXCLUSIVA-
MENTE DE VINOS SELECTOS

Telegramas: RUESCAS
TELEFONO N.º 8

SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

COMPAÑÍA MINERA
DEMASIA A
LA EXTRANJERA
PUERTOLLANO
CARBONES
DE PRIMERA CALIDAD
GRAN ACTIVIDAD COMERCIAL

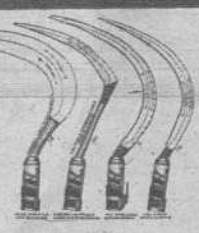
BODEGAS
PEDRO SANCHEZ
JIMENEZ
ELABORACION Y EXPORTACION
DE
VINOS FINOS, AZUFRADOS
Y MISTELAS
TELEFONO NUMERO **60**
APARTADO DE CORREOS **6**
DIRECCION TELEGRAFICA:
SANCHIVINOS
SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

ADOLFO
FERNANDEZ
Cosechero - Exportador de
VINOS
Fabricación y rectificación
de alcoholes
Socuéllamos
(CIUDAD REAL)
Teléfono núm. 3

ANIBAL Y SOCORRO
ARENAS DIAZ-HELLIN
EXPORTACION DE VINOS,
HECES Y ALCOHOLES
TELEFONOS 62 Y 66
SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

LINO RISUEÑO
HUERTAS
EXPORTADOR DE VINOS
MISTELAS Y AZUFRADOS
Telegramas: RISUEÑO
Apartado de Correos núm. 2
TELEFONO 42
Socuéllamos
(CIUDAD REAL)

BODEGAS
AMORÓS
S. L.
COSECHEROS
Y EXPORTADORES
DE VINOS FINOS,
MISTELAS,
CONCENTRADOS,
COÑAC Y VERMOUTH
FABRICA DE ALCOHOLES
RIO ZÁNCARA
(CIUDAD REAL)



LA MANCHA INDUSTRIAL
LA FÁBRICA MAYOR
EN ESPAÑA DE HOCES
PARA SEGAR
MODELOS PARA TODAS LAS
REGIONES, DE DIENTES Y DE FILO
Producción: **1.000** PIEZAS POR DIA
ELADIO REGUILLO
LA SOLANA (Ciudad Real)

HEREDEROS DE
MANUEL NAVARRO
FABRICA DE
HARINAS
POR CILINDROS
Teléfono número 68
ALCOHOLES RECTIFICADOS,
VINOS BLANCOS Y TINTOS
DE LA MANCHA
FOUDRES EN PROPIEDAD
TELEFONO NUM. 5
TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS: *NAVARRO*
SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

JULIAN
PÉREZ MORALES
SUCESOR DE
ANTONIO PÉREZ MARÍN
VINOS FINOS
DE MESA
LA SOLANA
(CIUDAD REAL)

Fotogramas

PALACIO de la MUSICA

(REFRIGERADO)

Hoy, a las 10,30, presenta otro gran triunfo de la cinematografía mundial con el ESTRENO de la superproducción 1940-41

De una misma sangre

Película premiada con la Copa de Oro Mussolini

IMPERIAL FILM

ESPAÑA EN TANGER Sensacional reportaje con la ocupación de esta zona por las tropas nacionales

CAPITOL

REFRIGERADO

Gran éxito

El angel negro

CON

MARGARET SULLAVAN JAMES STEWART

WALTER PIDGEON HATTIE McDANIEL

CINEMA BILBAO

Desde el lunes 19 entra en su triunfal

SEGUNDA SEMANA

CARMEN LA DE TRIANA

(Por la inimitable IMPERIO ARGENTINA)

Dirección: FLORIAN REY

Distribuída por UFILMS

Riguroso estreno de Actualidades UFA

2 LIBROS cada 7 DIAS

986 días en el infierno

Por Luis López de Medrano

Los muertos...! A ellos alude el autor de este libro. Dice que han de mandar siempre, ya que de España van haciendo un Imperio. Exacta es la afirmación. Nos hace pensar en el vasto Imperio que aquellos mártires han conquistado para nuestra patria, y no es un Imperio espiritual exclusivamente, sino algo real y positivo que abre a nuestra nación nuevos horizontes, dilatados, infinitos. Su sacrificio no fué estéril—el dolor nunca lo fué—, y sus penalidades y amarguras ahora las vemos fructificar en la nueva España—una, grande y libre—que todos—aun los ya viejos—llevamos en nuestra alma y hace que nos sintamos más fuertes que nunca. Estrellas y luceros de victoria brillan en nuestros cielos. El Cid ha salido de su cautividad y batalla. Y en su lucha vence de nuevo. No estaba muerto. No podía estarlo. En la Historia no existe esa palabra. Y en la Historia española, menos. Raza que sufre el tormento de esos 986 días que relata de modo conmovedor Luis López de Medrano; raza que sale de la dura prueba—terrible y espantosa—que nos describe; raza que al cabo de los siglos se enfrenta con los poderes más fuertes de Europa y los vence en desigual contienda—épica y homérica—es tan grande que no 986 días, sino muchos más, los sufriría dando envidia a los fieros espartanos. España, nuestra España, se halló a sí misma después de aquellos días terribles que describe Luis López de Medrano. Este tuvo la fortuna de padecerlos también, porque fortuna y gran fortuna es sufrir y llorar por la patria y la justicia. Los que no han sentido en su corazón la tristeza—redentora y fecunda—que engrandece a los hombres haciéndolés dignos de llamarse así, no saben lo que es el deleite de la gloria. Cuando ésta se saborea después de tanta aflicción, de tanto llanto y tantísima esperanza... Porque la esperanza no se perdió nunca en aquellos 986 días infernales a que se refiere López de Medrano. Fué la llama que encendió en todas las almas buenas, nobles y españolas, el fuego de un entusiasmo que nunca se apagaba ni extinguía. ¿Qué era la muerte? ¿Qué representaba? Todo y nada. Era sencillamente un servicio que se hacía. ¿A quién? A España, a nuestra España querida, cuyos fastos más señalados los escribieron siempre hombres que no esperaban nada, ni ambicionaban nada, ni querían nada, y enseñaban a sus hijos y a sus nietos a defenderla y honrarla y hubieran pasado miles de días en los infiernos con tal de engrandecerla. Si cupiera aquí la invención de un verbo, nosotros lo haríamos con el de «imperializar». Pero los tiempos modernos—rígidos, exigentes y marciales—no quieren palabras. A todos nos piden realidad y acción. Nos las piden también los muertos, nuestros muertos, cada vez más nuestros y más queridos. En guardia permanente y firmes, los luceros junto a los que forman, son las antorchas—diamantinas y brillantes—que nos muestran el camino que ellos nos abrieron con un sacrificio de que es enternecedor y al mismo tiempo enérgico relato esta obra—*986 días en el infierno*, de Luis López de Medrano, quien dedica el libro a José Antonio Primo de Rivera, mártir de su credo, y a cuantos lucharon y murieron por su doctrina. Y por su ideal: por España.

Las guerras carlistas

Por Juan José Peña e Ibáñez

Ni romanticismos ni sensiblerías. Poca vanidad y un gran amor a la Historia. Esta es la característica de una juventud briosa, patriótica y esencialmente española que se lanza por los campos del estudio para buscar en él nuevas y rotundas afirmaciones de la fuerza de la raza ibérica. Categórica y decidida, no pierde el tiempo en disquisiciones literarias. Sabe que en la Historia se halla gran parte de la verdad que anhela, y a su conocimiento e investigación se dedica con un fervor y un entusiasmo que hacen más loable y meritoria su labor.

Precisamente la Historia contemporánea es la más desconocida. Y también la más falseada. Cada uno hizo de ella lo que convino a sus sectarismos y necesidades, hasta el extremo de justificar el dicho de Campoamor. Controvertiendo este escritor con Castelar, decía que la Historia, por lo mismo que nos puede portar todo, no nos puede portar nada. Se refería, claro está, a la Historia al uso por aquellos días. «La intransigencia liberal» de que hablaba don Antonio Alcalá Galiano tuvo mucho cuidado en falsear los hechos de tal manera que no hubiese medio de conocer la verdad y compuso a su antojo una Historia que hoy cae, merced a la tarea y al trabajo de los nuevos escritores.

Antes no comprendíamos que estos trabajos los llevaran a cabo hombres menores de cincuenta años. La Historia quedaba para los fracasados y para quienes buscaban en su elaboración o su estudio no sabemos qué consuelos para sus nostalgias. Hoy, la juventud quiere que no se la engañe más, y como es fuerte, acometedora y capaz de realizar todo lo que sea preciso, hace su Historia, que es la de España.

Empieza Juan José Peña e Ibáñez donde terminó Pisala, aquel don Antonio Pisala, veterano escritor, competente y españolísimo, que sacrificó la popularidad—moneda falsa de la verdadera gloria—a la exactitud y a la concisión. Dejó a las generaciones que le siguieron ejemplo y trabajo. Aquéllas han recogido la herencia del viejo historiador, quien tal vez tuvo el consuelo de pensar que su labor serviría de estímulo y a veces de enseñanza provechosa a los jóvenes de una generación que se ha hecho dueña de sus destinos—y de su Historia—a fuerza de trabajo, estudio, sacrificios y heroísmo.

A. DE M.

fotos
SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31
TELÉFONOS: 26520 y 26529
MADRID

LA DRAMATICA LUCHA EN EL AIRE

Fuego y metralla sobre el mar del Norte

Un grupo de aviadores ingleses examinando un plano de operaciones, momentos antes de emprender el vuelo que ha de enfrentarles con las victoriosas alas alemanas sobre el mar del Norte (Fot. Pando)